



**Vigdís FINNBOGADÓTTIR, Islandia, 1999**

**Nació en Islandia, país del cual fue su cuarta presidenta, en el período comprendido entre 1980 y 1996. Estudió en Francia y fue directora de la compañía teatral de Reykiavik.**

¿Por qué estamos luchando por tener teatro en vivo en esta época, cuando en una era tecnológica podemos tener todo en casa? O ¿es necesario olvidarse del teatro “en vivo” en estos días de televisión, videos y discos compactos?

A pesar de que tenemos un tesoro de magníficas obras clásicas y modernas, y una riqueza de actores talentosos y directores, constantemente oímos que el teatro está en crisis. Esta crisis parece tener una doble naturaleza: por un lado el problema del dinero o la falta de él, y por el otro, el asunto de la utilidad o inutilidad. Cuando se juntan ambos asuntos, la gente se altera y se pregunta sobre el papel y el lugar del teatro en la sociedad moderna.

Como respuesta podemos plantear dos preguntas. Primera: ¿cuándo no ha estado en crisis el teatro? Y segunda, y si lo está y siempre lo ha estado: ¿por qué no lo hemos abandonado como forma artística desde hace tiempo? Es obvio que los problemas financieros y de otro tipo han asediado al teatro por siglos. Algunos de nuestros grandes dramaturgos han tenido la fortuna de formar parte de teatros prósperos, pero muchos otros han tenido que luchar sin remuneración económica y algunas veces sin ser reconocidos. Llevar a la gente al teatro siempre ha sido un problema, que ha provocado que las compañías busquen la popularidad y ofrezcan lo que piensan que el público quiere, en lugar de lo que quisieran representar. Pero a pesar de todas las dificultades relativas al funcionamiento de nuestros teatros, ¿por qué nunca los hemos abandonado? ¿podría ser que los seres humanos tenemos una necesidad instintiva de actuar nuestros papeles y mirarlos actuados por otros? Algunas cosas se aprenden por experiencia, otras por el ejemplo, y el teatro es la maravillosa forma del arte que nos ofrece aprendizaje mediante el ejemplo, observando a otros pasar cosas que nos muestran mejor la verdad de nosotros mismos como seres humanos.

El teatro tiene un millón de visiones de la vida, pero todas tienen en común que nos sentamos y nos comprometemos en lo que podríamos llamar una “distancia íntima”. Muy pocas formas artísticas nos ofrecen la mezcla de lo subjetivo y lo objetivo, lo intelectual y lo emocional, a tal nivel de profundidad. Pero no sólo es la forma, sino también los artistas que proporciona la forma, artistas con energía extraordinaria. Están quienes dicen que lo hacen por el aplauso, y ciertamente a todos nos gusta ser apreciados por lo que hacemos bien; pero los actores son personas que tienen que actuar. Tienen un deseo y un impulso innatos, así como el valor, para convertirse por unos momentos en otras personas. Los escritores, directores y actores son artistas que interpretan el mundo en el que viven a través de complejas actuaciones.

Tanto el teatro como el mundo exigen cuidado y preocupación, pero no demandan optimismo. Sin éste, mezclado con una buena dosis de realismo, ningún teatro puede sobrevivir. Como un microcosmos de nuestra sociedad, el teatro refleja, y algunas veces reinventa lo que hacemos en el mundo exterior. Ahí se representan generosamente el conflicto y la lucha, las ambiciones y los sueños. Todo el mundo es un escenario, como un conocido dramaturgo inglés lo dijo, y en ese escenario el actor se convierte en símbolo del hombre con todos sus defectos y fragilidades, con todas sus esperanzas e ideales. Si en la comedia es la forma en la cual vemos y aceptamos la debilidad y las fallas de otros, la tragedia es la forma en la cual nos vemos y (esperemos) tratamos de cambiar. En ambas formas aprendemos algo sobre el camino para sobrevivir; en la comedia aprendemos el compromiso, y en la tragedia, lo que sucede cuando no se da lugar al compromiso.

Por supuesto el teatro tiene que lidiar con la competencia, ¿Quién no tiene que hacerlo en estos días? ¿Tiene el teatro todavía un rol en una sociedad donde el cine, la televisión y la computadora son tan populares?

La respuesta es sí porque, a pesar de lo que los medios nos puedan ofrecer, hay algo que no nos pueden dar. Como todos sabemos, el cine es más grande que la vida; eso es parte de su función y atractivo. La televisión y las computadoras, por otro lado, son usualmente más pequeñas que la vida, como formas que condensan todo un mundo de experiencia dentro de una pequeña pantalla. Sin embargo, el teatro tiene exactamente el mismo tamaño que la vida, ni más ni menos. Sus temas e inquietudes pueden tomar mayores dimensiones, pero la forma en sí misma es del tamaño de la vida y así la recibimos. Así sus emociones y placeres tienen una forma diferente de la del cine, la televisión y la computadora, y su nivel de compromiso es fundamentalmente más humano y más íntimo.

Deseamos al teatro vivo una larga y próspera vida, y agradezcamos cada vez que se levanta el telón para una puesta en escena, nueva o renovada, en cualquier parte del mundo.